



AÑO IV

← BARCELONA 12 DE ENERO DE 1885 →

NÚM. 159

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SIN HOGAR, dibujo de Maria Laux



SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—LA NOCHE DE DIFUNTOS EN LAS RUINAS DE POBLET, por don Víctor Balaguer.—CONTRASTES, por don U. González Serrano.—LA CAJA DE ALERCE (*continuación*), por don F. Moreno Godino.—LA CIENCIA ANTIGUA, *Las vasijas maravillosas*, por A. de R.

GRABADOS: SIN HOGAR.—HODIE TIBI, CRAS MIHI, cuadro por P. Celestino Gilardi, dibujado por A. Riera.—DIGO... ¿TIENE CALIÁ? dibujo por Llovera.—HAMLET Y OFELIA, cuadro por Alberto Rinaldi, dibujo del autor.—VASIJA DE HERON, por LA QUE SALE AGUA Ó VINO Á BENEPLÁCITO.—APARATO DE HERON, EN EL QUE SE FORMA UNA MEZCLA DE AGUA Y VINO EN PROPORCIONES DETERMINADAS.—UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA, cuadro por A. Lonstaunau.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: GORJEOS, cuadro por Lobrichon.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Otro año.—De 1884 á 1885.—Viaje monótono.—Peste y terremotos.—La enfermedad de la vida.—El fuego.—Lucha épica entre una chispa de fuego y un átomo de nieve.—Superstición y ciencia.—El único modo de triunfar.—Los tres Reyes magos.—Juguete.—El poema de la barbarie suprimido.

Otro año más. 1884 ha desaparecido. Sustitúyelo 1885. Cambio de nombre, continuación de la misma obra. Nada varía, si no es la superficie de las cosas. Un año de guerras concluye y le sigue un año de pestes. Acaban los 12 meses del cólera y empiezan otros 12 meses de terremotos. La humanidad sufre hoy como ayer, lo mismo bajo los rayos diurnos de la luz eléctrica que envuelta en la famosa claridad de las teas con que las edades primitivas alumbraron sus errores. El hombre va dejándose en cada mes una ilusión, un mechón de cabellos y un diente, como la oveja va dejándose una vedija de lana en cada zarzal del camino. De 84 á 85 hay una diferencia: hemos ascendido un escalon, hemos aumentado nuestro pasivo, hemos disminuido nuestro activo, somos más viejos, tenemos más experiencia y menos esperanza. Hemos entrado en el grado inmediato de la enfermedad que llamamos vida; enfermedad de que se cura irremisiblemente al fin y al cabo, con ayuda de los médicos que creen rematarlos la existencia con una pócima, cuando lo que hacen es aliviarnos para siempre de una dolencia.

Sí: la vida es una fiebre que empieza con el delirio incoherente de la niñez, sigue luego la alta calentura de la juventud, viene más tarde el reposo de la virilidad y acaba el estado febril con el aplanamiento de la edad caduca.

1884 y 1885... no confío en los guarismos finales que parecen indicar que ha habido cambio de programa político. Venís á lo mismo que vuestros antecesores. Venís á llevaros nuestra juventud.

* *

Días funestos para Andalucía son estos en que escribo. Leyendo los relatos que el corresponsal de *El Imparcial* en Granada refiere, hay motivo para imaginar si estaremos pagando ahora alguna horrenda deuda de crímenes y miserias que nos hayamos dejado olvidada. Pero no: la teoría mística de que Dios envía al hombre desgracias como la que ha hecho de Alhama y Albuñuelas y otros veinte pueblos más un montón de ruinas, será todo lo teológica que se quiera, pero no convence al ánimo del hombre piadoso que ve en Dios todo el bien y la condenación del mal.

Un terremoto es, según la ciencia, un estremecimiento de ese obrero incansable, que en las entrañas de la tierra tiene establecido su taller: hablo del fuego, de ese fundidor de metales, de ese iluminador de la atmósfera, de ese dorador de estrellas.

¡Oh! Es ferozmente laborioso, es terriblemente activo. La tierra propende á enfriarse. Dicen que en breve, esto es, dentro de una miriada de siglos, será este planeta en que han nacido el Dante y Mozart, un sepulcro blanqueado por eternas nieves, donde la luz del sol se refleje como se refleja hoy en la luna con mortecino brillo mate.

Entonces la tierra habrá dejado de ser el abismo de las ideas y las maldades. Será un sarcófago errante que surge por una eternidad de eternidades los espacios.

Pero el fuego que primitivamente caldeó la superficie de la tierra se va retirando, vencido por el frío. Lucha horrenda, esta, entre el fuego,—el dios de las ascuas,—y el frío,—el dios de la nieve.—En ella va envuelto el problema de la vida. El fuego, vencido, retrocede; pero alguna vez busca salida impetuosamente. No quiere que las nieves lo vengzan y entonces de su corazón salta un chispazo de odio que traspasa la tierra y estalla en la cima de un monte, encendiendo en él perdurable hoguera. Ayer fué el Etna, después el Vesubio... ¿Quién sabe si en algún picacho de Sierra Elvira prepara la naturaleza esa representación de gran espectáculo que se llama la explosión de un volcán?

* *

Entre tanto el fuego, en una de sus explosiones ha hecho temblar la tierra, y la más rica comarca del Mediodía vese arruinada, envuelta en escombros. Sus campos son una pavorosa *Morga* de cadáveres. Sus pueblos son un caos de cimientos sacados de quicio y de techumbres chafadas.

¿Qué puede hacer el hombre para oponerse á esa desolación y detener esa corriente de odio de la naturaleza? Lo mismo que puede hacer el grano de arena cuando el viento lo alza del suelo y lo pasea por la atmósfera en rápido vuelo.

Pero hay una cosa con que el hombre se hace superior á la naturaleza; con el pensamiento y con el sentimiento.

Con el pensamiento, en el trance de morir, se ase á un clavo de oropel que allá arriba, en la cóncava techumbre, se le ofrece, y á él asido penetra en la eternidad.

Con el sentimiento se une á sus semejantes en dulce lazo de amor y caridad.

Hoy que Andalucía sufre es cuando las demás provincias de España, especialmente Cataluña, la más rica y activa de todas, deben acudir á socorrerla con los inefables consuelos morales que da el verse asistido de amistad y amor en las ocasiones precarias y con el oro que necesita el que en un punto ha perdido hacienda y familia.

* *

Los Reyes no pasan de moda. Miétras haya infancia nadie pondrá en duda el legítimo derecho de estos apreciables monarcas. Nada han podido las cosas del siglo para hacerlos viajar en tren especial como es costumbre en los soberanos de la época. Muéstranse á la muchedumbre en el cielo azul de la noche de la fe candorosa y pura, entre constelaciones de estrellas, bien montados en caballos graciosos é inquietos. Melchor, que es el más amigo de los donaires y las guapezas de la juventud, cabalga en un potro jerezano de robustas piernas y nariz resoplante. Gaspar va haciendo piernas con su caballo lemosin, de recias ancas, pesado y seguro como el bridon de bronce de una estatua ecuestre. Baltasar, el más anciano, monta pacífico y venerable cuártao, y va tranquilamente, camino del portal de Belén.

No vienen á otra cosa que á hacer una visita á los niños, á festejarlos, á agasajarlos. Desdennan á los hombres, porque saben que con ellos no hay Rey seguro.

¡Bien venidos, respetables monarcas!

¡Bien llegados, últimos representantes del derecho divino!

En lo único en que han admitido los adelantos de la civilización, es en aquel ramo de los juguetes en que fundan las simpatías que inspiran á la plebe infantil y su sistema de gobierno. Cuanto producen las fábricas de juguetes de Asnières y Nuremberg, cuanto da de sí la industria japonesa, cuanto labra la mano artificiosa de los tirolenses... todo ello viene á poder de los niños, por mediación de los Reyes magos.

También subvencionan estos potentados de la leyenda, también reparten el dinero y dejan en el zapatito del pobre alguna pesetilla muy limpia y sobada, y en la cestita del niño pudiente algún centen luminoso como una estrellita acuñada por los ángeles.

* *

Madrid tenía hace algunos años una noche de bacanal feroz, hedionda, salvaje.

La víspera de Reyes unas cuantas docenas de bárbaros corrían las calles repletas de vino, sonando almoreces y latas de petróleo, vociferando y armando bulla. Iban, según ellos, á esperar á los Reyes; pero más parecía que iban á destronarles. El influjo de la cultura, más que las disposiciones gubernativas, ha acabado con esa página de barbarie.

Sólo queda de los Reyes esa página de inocencia y generosidad que hace del día 5 de enero el mejor día del año para las tiendas de juguetes.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

SIN HOGAR, dibujo de María Laux

Cuando los árboles pierden las hojas, los pobres pájaros se quedan sin guarida. Acostumbrados á habitar en frondosos palacios de verdura, sin otra misión en el mundo que amar y cantarle á Dios el himno de la naturaleza agradecida, provistos con abundancia de alimento por la generosa prevision del Creador que hace germinar las espigas sobre los tallos antes á beneficio de las aves que de los hombres; ven llegar un día en que el palacio se desmorona, el gorjeo deja de ser canto para ser gemido y la nieve oculta el último grano que desperdició el labrador para que con él se acallara el hambre del desvalido pajarillo.

Días de prueba, días de angustia, durante los cuales el ave abandona el caro nido muy temprano y regresa muy tarde á él sin llevar que comer á sus pequeñuelos; estación pavorosa que convierte al pájaro en uno de esos naufragos del polo-norte para quienes ni el sol calienta, ni el campo produce frutos cual si se hubiera convertido en uno de esos planetas enfriados, inhabitables, como se nos dice que es hoy el planeta luna, como se supone que será mañana el planeta tierra.

El dibujo que publicamos da una idea de esa naturaleza tan funesta para el pájaro, y está ejecutado con tal habilidad que le hace apetecer á uno la vuelta de la primavera, cuando no sea sino para aliviar la triste suerte de esas avecillas que el autor ha hecho verdaderamente simpáticas.

HODIE TIBI, CRAS MIHI

por Pier Celestino Gilardi, dibujado por A. Riera

Los aficionados á visitar cementerios habrán leído en muchos sepulcros estas cuatro palabras: *hodie mihi, cras tibi*; especie de advertencia que se supone dirigida por los muertos á los vivos. Gilardi, célebre profesor de pintura en Turin, con fina sátira y un si es no es de escepticismo, ha invertido la frase, y bajo esta idea ha pintado su cuadro, que es un modelo de expresión y naturalidad. Representa á ocho personas ancianas asistiendo al oficio de cuerpo presente de un amigo difunto, á quien dicen mentalmente: *hoy para tí, mañana para mí*; sin perjuicio de que los más añadan para su capote.—Y así Dios te dé muchos años de ventaja.

Cada uno de los ocho personajes del cuadro revela un sentimiento ó estado de ánimo distinto. Así, por ejemplo, el más abatido de ellos es el que ocupa el centro del lienzo: en él la idea de la muerte ha surtido un efecto profundo; cualquiera diría que no al entierro de un amigo asiste, sino á su propio entierro. A su espalda otro de los concurrentes sopla con la mayor indiferencia la vela del ofertorio, ni más ni menos que se sopla la luz con que uno se mete en la cama. Bosteza otro en la plácida calma del que practica el acto más rutinario del mundo; al paso que el veterano napoleónico que ocupa el último lugar á la derecha, sonríe con ese egoísmo propio de los niños y de los viejos, diciendo para sus adentros:—También ese pasó delante...

Este cuadro, fruto de una observación profunda y ejecutado con verdadera riqueza de detalles, ha sido adquirido por el Estado y forma parte de la Galería nacional del arte moderno.

DIGO... ¿TIENE CALIÁ? dibujo por Llovera

Amigo Llovera: tenga V. la amabilidad, ó la generosidad, ó el temor de Dios ¡llámeme V. como quiera! de no descolgárenos con esos tipos, que ponen al prójimo en peligro de pecado mortal... Mire V. que la carne es flaca y que hay hombre capaz de hacer su maleta á toda prisa y echar á correr en demanda de Andalucía, aunque hoy por hoy las cosas no estén para bromas en esa desolada región.

Vamos á ver, Sr. Llovera: esa moza ¿existe ó no existe? Si existe ¡que me la!... No; que no me la traigan... Bonito papel haría yo en su amable compañía. Y si no existe, es V. un incendiario, un feniano, un nihilista, que pone dinamita en el camino de la frágil humanidad.

Con que, quedamos en que no nos remitirá V. más dibujos de esta clase.

Sin embargo... Ello es... Sí señor, ello es... Muchas veces lo hemos dicho y no debemos contradecirnos: el artista tiene obligación de embellecer á la naturaleza, aun allí donde la naturaleza se ha olvidado de ser bella por sí misma. Aplicando esta doctrina á las hijas de la tierra de María Santísima, por fuerza debía Llovera obtener el resultado que hoy ofrecemos al público. Una macarena idealizada por Llovera!... Nada; un verdadero cartucho de dinamita...

¡Hasta el otro mundo, lectores!...

HAMLET Y OFELIA

cuadro por Alberto Rinaldi.—Dibujo del autor

El gran dramaturgo inglés llevó á la escena el admirable tipo del príncipe de Dinamarca que todo lo sacrifica á la idea de vengar á su padre. Cuando el espectador se entería de que una reina adúltera ha asesinado al padre de Hamlet para unirse y reinar con su amante y cómplice en el crimen, todo se lo perdona al implacable hijo, todo, menos que comprenda en su venganza á la inocente Ofelia, cuyo único delito es amar á quien no vive sino para sembrar en torno suyo muerte y desolación. El pintor Rinaldi ha visto sin duda á su compatriota, el eminente actor Ernesto Rossi, poner en escena la gran tragedia inglesa, pues Rossi es, á nuestro juicio, el modelo del cuadro que hoy publicamos y que representa al príncipe desconsolando á Ofelia con aquel célebre — *Vé, vé á hacerte monja; enciérrete en un convento*—con que destruye las ilusiones y mata las esperanzas de la virgen enamorada.

Rossi es digno de interpretar á Shakespeare y Rinaldi ha cumplido como buen artista al inspirarse en la interpretación de Rossi.

UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA,

cuadro por A. Lonstaunau

Con este mismo título y debido al mismo autor, hemos publicado en nuestro número 155 un cuadro representando otro de los puntos de vista de un matrimonio sin amor, tomado en la intimidad del hogar doméstico. En aquel puso de relieve cuando se fastidia la esposa joven de un general viejo, condenada á jugar partidas de ajedrez con su marido; en el cuadro que hoy publicamos nos pinta admirablemente el fastidio no menos notorio de la mujer joven y bella unida á un bello y elegante oficial que desgraciadamente tiene trazas de pensar más en sus ascensos que en su esposa.

Uno y otro cuadro demuestran la fina observación de su autor y la facilidad con que consigna en el lienzo el resultado de sus observaciones. Uno y otro cuadro son preciosos: si nos dieran á escoger entre ellos, después de pensarlo mucho... nos quedaríamos con ambos.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

GORJEOS, cuadro por Lobrichon

Angeles, aves y flores, combinados con talento, han de producir forzosamente un bello conjunto. El que ha obtenido Lobrichon es sobresaliente de elegancia y de frescura. Uno de esos ángeles es digno de Grenze; el otro lo pudiera haber pintado Murillo. Por la disposición del cuadro, parece haberse destinado a decorar un techo; y ciertamente parece copiado de uno de esos plafones con que los artistas italianos del siglo XVIII enriquecieron los pequeños palacios construidos en tiempo de Luis XV, nidos de amor en que, al rumor de las copas, de los versos, de los cantos, de los besos y del oro que rodaba encima del tapete, se engendraba, como castigo providencial, la revolución francesa.

LA NOCHE DE DIFUNTOS

en las ruinas de Poblet

Carta primera a la Excm. Sra. D.^a Rafaela de Torrents de Samá, marquesa de Mariano

Madrid 17 de noviembre de 1884

¿Recuerda V., noble dama y queridísima amiga mía, nuestra expedición a las ruinas de Poblet, hace pocos días, y en la noche de difuntos?

Ignoro la impresión que pudo causar en V. Por lo que a mí toca, puedo asegurar que fué profunda, tanto que, obedeciendo a fuerzas superiores a las de mi voluntad, me veo obligado a confiar al papel mis impresiones y recuerdos.

Al llegar a mi casa de Madrid, de regreso de aquella venturosa excursión, busqué con afán algo que recordaba haber escrito sobre Poblet, allá por los años de 1850 nada menos. No sin dificultades alcancé un ejemplar, y con viva curiosidad y mayor emoción puse a leer, a devorar mejor, las páginas que escribí hace treinta y cuatro años.

Parecíronme detestables, lo digo en crudo, y concebí en el acto la idea de modificar aquel trabajo, o más bien escribir otro nuevo. No será mejor que aquel probablemente, así lo temo, pero probaré, cuando menos, que conozco mis errores y busco la enmienda.

Deseo amparar esta nueva obra mía con el nombre de usted, mi noble y bondadosa amiga. Quiero que el pabellón cubra la mercancía, y que su nombre, por ser de tan ilustre y discreta dama, salve la obra.

A más, ¿cómo no dedicar este escrito a la que fué nuestra compañera y tomó parte en la excursión; a la que, abandonando las delicias y comodidades de su espléndido y suntuoso hogar, no vaciló en acometer las fatigas y molestias de un viaje penoso y verdaderamente anormal en la estación presente?

¿Recuerda V., amiga mía, cómo surgió la idea de nuestra expedición?

Habíamos inaugurado ya nuestra *Biblioteca-Museo* de Villanueva y Geltrú, y para honrar al ilustre académico D. Manuel Cañete, gloria de nuestras letras, que había asistido a la fiesta en representación de las dos Reales Academias Española y de la Historia, su hermana de V., ese ángel de amor y de bondad que se llama la marquesa de Casa Samá, nos había reunido a todos en su hogar patriarcal y en torno de la mesa bendita donde su noble esposo tiene el placer indecible de ver congregada su numerosa y querida familia.

Conozco bien, V. lo sabe, aquella casa de bendición. No soy en ella el huésped. Soy el amigo, el miembro de la familia que es siempre esperado con impaciencia, recibido con alegría, despedido con pena. Conozco bien aquella casa. Se me imagina que es la mía, y al entrar en ella, sobre todo cuando llego con el ánimo afligido, me parece respirar los aires de paz y de serenidad que dan vida al cuerpo y salud al alma.

Aquel excelente, y llano, y modesto marqués de Casa Samá, que a tan gran corazón reúne tan agradable trato; aquella bondadosa señora tan amante de sus hijos y tan devota a los suyos; aquellos hijos tan tiernos y respetuosos para con sus padres; aquel hogar de tan sencillas y patriarcales costumbres, que recuerda la tradición y antigua *llar* catalana; aquella serena tranquilidad que se respira y siente al entrar en aquel templo de la familia, todo esto me atrae y fascina de tal manera y con tan poderoso encanto, que sólo me resigno a mi tempestuosa vida política de Madrid, para crearme con derecho a gozar del placer inefable que siento cada verano al llegar a aquella casa, que Dios bendiga. Es algo parecido a lo del viajero que tras de un largo y penoso viaje a pie, por abruptos y áridos caminos, bajo los rayos de un sol abrasador, llega de pronto, sediento y fatigado, a una fresca y apacible fuente donde arroyos murmurantes le brindan al descanso y árboles frondosos le ofrecen el regalo de su sombra.

Pero, vuelvo a anudar el hilo de mi relato.

¿Recuerda V., repito, cómo nació la idea de la expedición?

Estábamos a 28 de octubre y en torno de la mesa de los marqueses de Samá.

Manuel Cañete hablaba de nuestro viaje de regreso a Madrid, y deploraba no tener tiempo para ir a visitar las ruinas de Poblet.

—Pues es preciso tenerle. Poblet vale la pena,—dijo uno de los comensales.

—¿Y si fuéramos a pasar la próxima noche de difuntos en Poblet, junto a las tumbas de los reyes de Aragón?—dijo alguno, no sé quién. ¿Fué V., señora mía?

La idea brilló como un rayo de luz. Tan excelente hubo de parecer, que se recibió con un grito unánime de aplauso, y se impuso como se imponen las cosas que llegan al alma, sin discutirse.

La expedición quedó arreglada aquella misma noche y comprometidos los expedicionarios, de los cuales, con gran contentamiento de todos, se decidió V. a formar parte.

No he de olvidar fácilmente aquel viaje. Viviera mil años, y lo recordara aún.

Recuerdo como fuimos en numerosa caravana a recibir el hospedaje con que nos brindó el venerable anciano D. Miguel Clavé, ofreciéndonos su casa de campo junto a las ruinas. Recuerdo que no permitiéndole su avanzada edad acompañarnos, nos envió, para hacer los honores de la casa en su nombre y representación, a su ilustre yerno D. Casimiro Girona, quien, acompañado de su hijo, gallardo y excelente mancebo, hubo de dispensarnos una hospitalidad tan cordial, tan amiga, y tan suntuosa, que no parecía sino que, en vez de llegar a unas ruinas, habíamos llegado a una de esas opulentas mansiones feudales de otras edades, donde al presentarse grandes comitivas, inopinadamente y de súbito, encontraban cómodo albergue y estancia preparada para todos.

Recuerdo también todas las sorpresas y todos los encantos de aquella hospitalidad amiga, donde nada faltó a nadie, como si nos halláramos en una ciudad populosa y abastada. Y recuerdo, por fin, nuestras excursiones a las ruinas, nuestra misa solemnemente celebrada por el Padre Llanas en la solitaria capilla de la Masía, nuestros paseos por el monte a la vera de murmurantes arroyos, y nuestras fraternales agapes sazonadas con el discreto de animados coloquios, y presididas por V. como reina, y señora, y dama de nuestros pensamientos.

Pero por gratos que estos recuerdos sean, hay uno que a todos domina y supera a todos. El de nuestra llegada a Poblet. ¿No es verdad, señora mía?

Eran el día de difuntos y poco antes de la media noche cuando por vez primera penetramos en las ruinas. La noche estaba oscura y borrascosa, como adecuada al día, y ráfagas violentas de aire húmedo venían a herir nuestras frentes, atizando la llama de las antorchas con que los guías alumbraban nuestro camino. Lo avanzado de la hora; las sombras y misterios de la noche; las grandes masas negras de los montes vecinos, que parecían a través de la oscuridad abalanzarse sobre nosotros; las siluetas de los muros y de las torres, dibujándose confusamente a nuestra vista; el helado viento que llegaba de las ruinas como para traernos la humedad y la frialdad de los sepulcros; la misma vacilante llama de las antorchas, que sólo parecía lucir para que pudiéramos ver mejor las tinieblas, todo esto, unido a la santidad y tradición del día, nos impresionaba de una manera singular y desusada.

Los que pocos momentos antes, congregados en el triclino de la casa Clavé y en torno de la abastecida mesa del huésped, saboreando el aromático café y el legítimo veguero, nos entregábamos a todo el bullicio y expansión del regocijo, íbamos entonces, mudos y silenciosos, recogidos y encerrados en nuestros pensamientos, avanzando paso a paso y acercándonos, con temor más aún que con respeto, a aquellas ruinas que nos atraían con la ardiente curiosidad que inspira todo lo desconocido y todo lo misterioso. Si alguien entonces, desde cualquiera de las apartadas Masías, acertó a vernos pasar a semejante hora de aquella noche de difuntos, silenciosos, envueltos en nuestras capas, por entre la doble hilera de guías con sus encendidas teas, debió creer que los muertos, salidos de sus tumbas, andaban vagueando por el monte a la luz de fuegos fatuos.

De esta manera llegamos a la puerta del monasterio y alguno hubo de asombrarse no encontrando en ella, de pie, y vivos dentro de sus enmalladas cotas y férreas armaduras, a los nobles caballeros catalanes y aragoneses que, despertando de su sueño de siglos y abandonando sus lechos de piedra, se presentaban para impedir que los profanos invadieran el lugar destinado para descanso eterno de los reyes de Aragón. Pero no, ¿cómo habían de presentarse a detener el paso de viajeros inermes y curiosos, si un día dejaron acercar a las turbas que, blandiendo la tea incendiaria y el arma homicida, fueron a profanar las cenizas de los héroes que allí dormían?

Su oscuridad era profunda é intensa cuando, pasada la puerta que diera un día ingreso al palacio llamado del rey D. Martín, nos encontramos bajo la bóveda románica que comunica con el claustro. Habían quedado atrás nuestros guías con las antorchas, y estábamos en medio de las más profundas tinieblas, sin atrevernos a retroceder ni avanzar.

No podíamos explicarnos el abandono de los guías, é íbamos ya a llamarlos, cuando de repente vimos aparecer una luz roja; y entonces, como si brotara de las entrañas de la tierra, por sobrenatural acaso ó milagro de hechicería, se presentó a nuestra vista, magnífico y soberbio, esplendente de luz y de color, encendido, flameante como en medio de un grande incendio, el maravilloso y monumental claustro de Poblet.

Todo era obra de un rojo fuego de Bengala que uno de nuestra comitiva mandara encender para sorprendernos.

No recuerdo haber tenido nunca impresión más viva. Así apareció a nuestros ojos, inopinadamente y como por arte de magia, aquel claustro que centenares de personas vieron y conocieron un día por vez primera, cuando el pincel de un artista célebre lo trasladó al teatro

para la magna escena del cementerio en el *Roberto*. Así es como se nos presentó aquel admirable claustro del siglo XIII con todas sus bellezas y portentos de arte; con sus esbeltos pilares y labradas ojivas; con sus columnas, y capiteles, y rosetones, y calados; con su templete románico en mitad del patio; con los lienzos de sus paredes llenos de severos sepulcros; y allá, en el fondo, con la puerta en arco semicircular que daba entrada a la suntuosa estancia donde los Monjes Blancos se congregaban en capítulo.

A la luz de las teas y de los fuegos de Bengala recorrimos aquella noche las ruinas de Poblet, y todo lo vimos, siquier fuese de prisa y de pasada; que, aun cuando habíamos aplazado más detenida visita para la mañana siguiente a la luz del día, no queríamos perder una sola impresión de aquella noche. Y era que, absorbidos por imprevistos retornos de añejo entusiasmo romántico, satisfacíamos, no ya un deseo, sino una necesidad de corazón, visitando las ruinas de aquella manera, con las sombras, con el misterio, a la luz de las antorchas y al sordo mugir del aborascado viento, que al penetrar en las galerías y en las estancias, remedaba unas veces los majestuosos cantos de los monjes en el coro, otras los lúgubres gemidos de víctimas infortunadas, y otras, por fin, los descompasados gritos de muchedumbres entregadas a la orgía de las bacanales, como si quisiera así familiarizarnos con los secretos de las tres épocas más caracterizadas del cenobio cisterciense.

¡Qué expedición la nuestra, señora mía! No ha visto, no, ciertamente, las ruinas de Poblet quien no las haya visto como nosotros, a la luz de las teas, al rumor de la tempestad, y en la noche de difuntos.

Entramos en la capilla de San Jorge...

Pero, hora es ya, mi buena amiga, de dar algún reposo a la cansada pluma, dejando para otro día la continuación de mi relato, si lo que llevo escrito no ha matado en V. toda idea de proseguir leyendo mis pobres epístolas.

VÍCTOR BALAGUER

CONTRASTES

Muchas veces ha solicitado mi atención, dando margen a meditaciones sin límite, el contraste que ofrecen en el orden ideal ó lógico como en el real y práctico, cosas y personas, actos, esperanzas, ilusiones, creencias, prestigios, mitos, en una palabra todo lo que constituye parte integrante del ambiente espiritual del hombre.

Semeja esta gran química social, en la cual se combinan elementos tan heterogéneos, aquel gigantesco alambique, en el cual la presuntuosa ciencia del doctor de la leyenda quería amalgamar lo que fué con lo que será en el inapreciable punto de conjunción de un presente que no bien se percibe, se diluye y pierde. Es que el crisol del tiempo ofrece perspectivas engañosas, convirtiendo la sacratísima creencia de ayer, el inextinguible fuego de la fe en lo pasado en el mito de hoy, y la utopía actual en realidad del mañana. La acción fundente del tiempo depura la herrumbre de lo que fué ante la influencia benéfica de lo que se anuncia como nuevo.

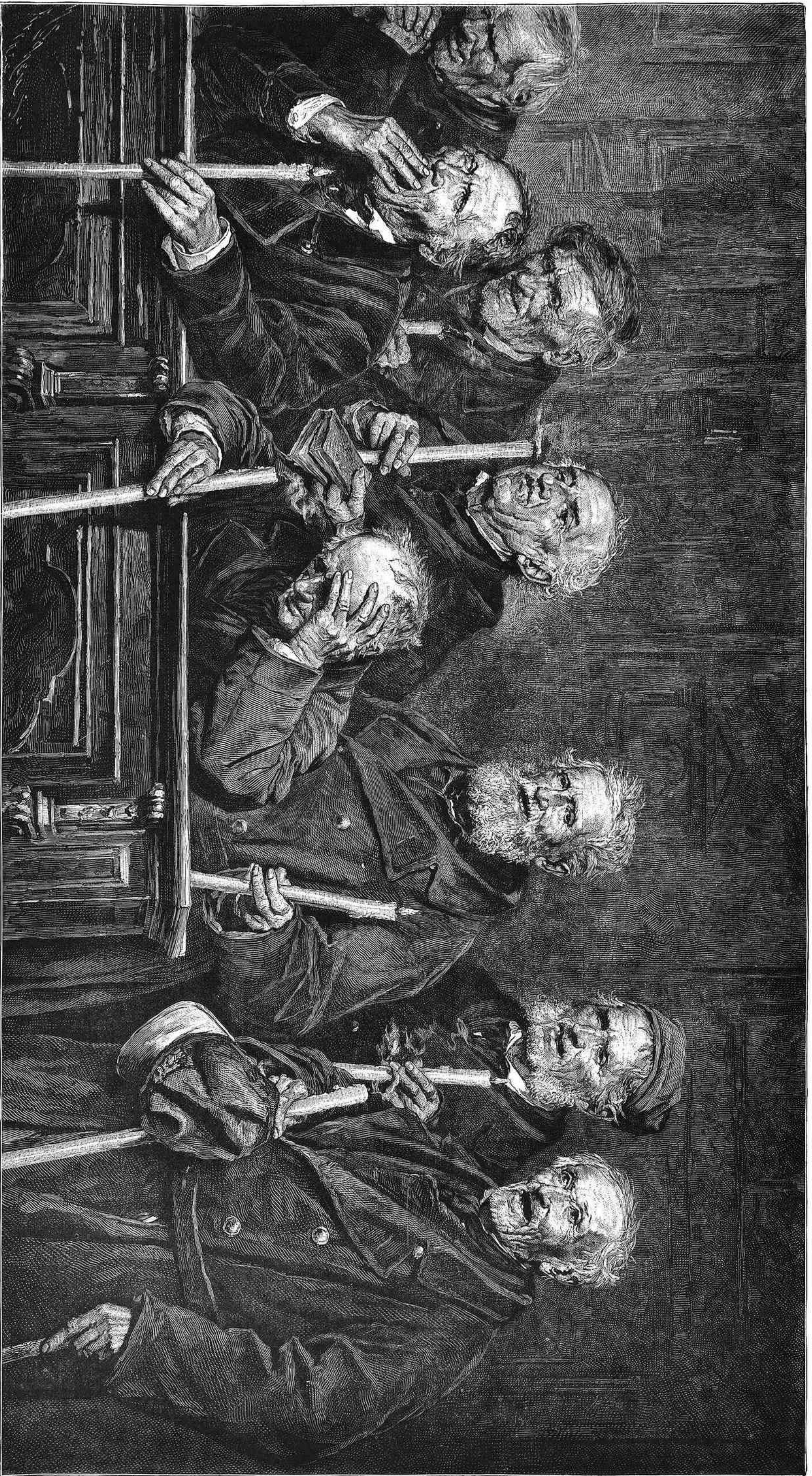
La idealidad es en efecto el germen y protoplasma, que encierra en sus complejas sinuosidades los derroteros que ha de seguir el hombre en lo sucesivo; y al aparecer en el grandioso horizonte de la vida lo nuevo, el ideal, que pide plaza en la existencia, no borra ni suprime, cual se tacha una palabra mal escrita, lo que ya ha hecho su historia; antes bien con ello se combina por vía y procedimientos desconocidos, y en esta combinación se engendra el contraste, la oposición, la antítesis, que son otros tantos anuncios venturosos de aquella síntesis fecunda, que simbólicamente expresa el Evangelio en la frase de «vino nuevo en odres viejos».

Sería la vida y con ella las energías del espíritu colectivo, que se denominan ciencia, arte, derecho, religión, etc., una rutina monótona, una adición uniforme, si se sucedieran primero las ideas, después los sentimientos, creencias é instituciones en línea inflexible y mecánica, abandonando lo que fué el puesto ocupado para llenarlo lo que será, sin que aquello dejara sedimento, limo y abono para la tradición histórica y sin que lo ideal trajera impulso, estímulo y acicate para remover el rescoldo de las cenizas de lo pasado. Puestos en contacto ambos factores, surge la ley del contraste, de la cual no se libra nada en la vida, determinando puntos de proximidad, verdaderas corrientes de afinidad entre los polos.

Esta afinidad es la que, por ejemplo, obliga al primer Napoleón, al ungido por la idea revolucionaria como personificación del derecho moderno, a copiar, una vez endiosado, las máximas de conducta, los hábitos y los gustos de Luis XIV, el consagrado por la tradición como representante del derecho divino, como el Sol, que apenas, según declaración de un predicador, está sujeto a la condición de mortal.

Esta misma afinidad entre los contrarios es la que lleva a nuestro gran Donoso Cortés a coincidir en muchas de sus conclusiones con Proudhon. El primero es el portestandarte del principio de autoridad, el segundo lo niega y para establecer la libertad proclama la anarquía, y ambos, en medio de su posición antitética, gravitan, obedeciendo a la ley mencionada, hacia los mismos extremos. Si el gran defensor del Catolicismo declara que en toda cuestión social existe en primer término un grave problema religioso, confiesa el célebre polemista francés que huelga todo remedio parcial, que exige la reforma de la

EXPOSICION NACIONAL DE TURIN



HODIE TIBI, CRAS MIHI, cuadro por Pier Celestino Gliardi, dibujado por A. Riera



DIGO... ¿TIENE CALIÁ? dibujo por Llovera

sociedad y de la riqueza un recurso supremo, el de atacar por su base el organismo existente en sus creencias religiosas. Cuando aquél diviniza la fuerza puesta a servicio de sus ideas, sublima éste la dictadura del proletariado como única áncora de salvación.

Esta conexión palpita como alma-mater en el pensamiento del Aristóteles moderno, del célebre Spencer, que, partidario resuelto del empirismo a *outrance*, sistematizador de todas las pretensiones anti-idealistas, termina poniendo por cúpuia y remate a su vastísima concepción mecánica del mundo y de la vida, un optimismo tan cándido y una idealidad tan etérea y vaporosa, que más revela parentesco íntimo con aquellas teorías que refuta que con las doctrinas que defiende.

Innumerables ejemplos ofrecen el pensamiento de los sabios y la febril inspiración de los artistas de estos contrastes, que enriquecen la sustancia de la vida y prestan encanto perdurable a todas aquellas complejísticas situaciones de la existencia, en la cual se debaten con intereses encontrados tendencias opuestas, aspiraciones diferentes y doctrinas distintas. Para no citar más que un solo caso, ¿quién será tan míope que no descubra en la protesta del naturalismo artístico con todos sus aparatosos anhelos revolucionarios un cierto germen idealista, que es el sedimento de las escuelas que combate? ¿quién no halla, a poco que observe el desarrollo del procedimiento naturalista, que el género artístico que más cultiva lo que ha dado en denominarse epopeya moderna, la novela conserva, por ejemplo, en Daudet, en los Goncourt, aún en Zola, más en Flaubert cierto dejo y resabio de la novela psicológica? Si; tal es el contraste, sin que exista diferencia notable entre el romanticismo de J. Sand y la crudeza realista de Flaubert más que en la perspectiva que elige el artista como punto de mira o lente a través del cual observa un alma exaltada por la idealidad o un temperamento dominado por su constitución corporal. Quizá puede afirmarse en este sentido que la tenida por batalla campal entre estos nuevos güelfos y gibelinos del arte se sostiene únicamente porque los unos escriben sus obras novelescas haciendo Psicología al individuo y los otros aspiran a formar una Psicología del medio natural, base genética para ellos de la acción, peripecias y sentimientos de la vida del individuo, el cual se ha de convertir, como quiere Zola, en producto del aire y del suelo.

Si esto ocurre en el orden lógico o ideal, aunque traduciéndose en la práctica, ¿qué no acontecerá en el orden real, menos uniforme y homogéneo de lo que a primera vista parece? Cuando la vista genial de Víctor Hugo descubre en el *Ananké* escrito en las torres de Nuestra Señora de París la causa ocasional para reconstruir un hervidero de pasiones semi-divinas y casi salvajes en el seno de aquella poética y hermosa Edad media, cuando el gran poeta da vida en su imaginación a aquel enjambre vertiginoso de apetitos, que rugen en el silencioso fondo de la catedral, personificando en el arcediano C. Frollo el realismo más natural que se puede concebir, en el campanero Quasimodo la hermosura ideal del alma y en el amor entusiasta de la Gitanilla a Febo el idealismo más desenfrenado que quepa en imaginación calenturienta, ¿porqué decimos que allí se encierra el drama eterno de la belleza y de la vida, sino porque el contraste escultural entre todos sus elementos antitéticos ha llegado a una virtualidad excesiva? Todo aquel que sabio o artista, posee el don envidiable de leer entre líneas, se consagra después, ante la contemplación de este prisma de infinitas caras que se llama la realidad, a un trabajo interno de reconstrucción paleontológica mental, que da vida y existencia a lo que fué en unión con lo que será. Para esos espíritus privilegiados el contraste representa el choque del pedernal con el acero, que engendra la chispa y enciende su inspiración. Para el común de las mortales, que percibimos toscamente y *grosso modo* estas continuas corrientes simpáticas entre lo homogéneo y lo heterogéneo: están dichas aquellas frases del Evangelio: «tienen ojos y no ven, oídos y no oyen». Para los primeros es la contemplación directa, total de la luz y de la verdad; para nosotros las penumbras, que adquieren algún relieve por la fuerza del contraste. Aquellos reconstruyen, con una mirada genial, ante el indicio de una moneda o de un monumento, todo un período histórico; nosotros hemos de satisfacernos con tomar notas incoloras de las semejanzas y contrastes que la vida nos ofrece y que el tiempo nos enseña.

Surge es verdad la emoción, pero aún producida por la virtud del contraste, no llegamos a darla aquella plasticidad que es el fruto codiciado y que se reserva a la genial concepción del sabio o a la inspirada fantasía del artista. En ellos se convierte en una ráfaga de luz, en nosotros queda cual nebulosa informe el fruto germinal de las emociones.

Quien contempla por ejemplo el museo industrial más completo de Europa, que la diligencia del municipio de París ha formado en su Conservatorio de Artes y Oficios, establecido en el antiguo convento de benedictinos de San Martín de los Campos; quien observa la inmensidad de máquinas, motores, y galería de experimentos de la antigua capilla del convento, siente seguramente la emoción del contraste, siquiera no sepa expresarla; y con toda la energía que la sensibilidad afectada despierta, pero con toda la incoherencia que al entusiasmo es aneja, exclama: «por aquí, por aquí ha pasado el espíritu de los siglos y con él la acción bienhechora del tiempo y del progreso; aquí, aquí existieron dos eslabones de la cadena indefinida de la vida humana, el sacerdote que consagró el poder de Dios con la hostia consumida, y el

obrero que con el estridente ruido de sus máquinas está cantando constantemente un himno entusiasta al trabajo humano.»

Contrastes de la vida, que son otras tantas páginas de elocuente enseñanza, que todos señalamos y debemos meditar, siquiera su perfecto comentario sea misión encomendada a los que poseen aquella mirada genial de que se hallan dotados los espíritus superiores. De tales contrastes es también libro instructivo la serie de vicisitudes por que ha pasado la capilla de los antiguos Estudios de San Isidro el Real. Aquella anchurosa capilla condensa en su espacioso local muchas enseñanzas históricas, que adquieren relieve por la eficacia del contraste. Cuando se evoca el recuerdo de aquellos sabios y laboriosísimos jesuitas, que mantuvieron el fuego sagrado de los estudios clásicos y cultivaron con predilección marcada las ciencias matemáticas, y se compara el mencionado recuerdo con los destinos ulteriores de aquella capilla, surge también la emoción viva e intensa que produce lo que fué con lo que es y está siendo merced a este proceso inflexible que la dialéctica real de los sucesos y circunstancias imprime en cosas y personas. En aquella capilla se firmó, según se dice, la sentencia de muerte del general Leon; en ella se reunió con cierta regularidad, uno de los clubs más levantiscos de nuestra Revolución de Setiembre y en ella se halla hoy establecida una cátedra de Química con su correspondiente laboratorio. Más todavía, en uno de los sótanos, que sirven para cimentar su hermosa bóveda, se ha establecido últimamente un motor de agua, que engendra la luz eléctrica de una linterna de proyección. «Por allí, por allí ha pasado también el espíritu de los siglos.»

En cosas, personas, monumentos, creencias, prestigios, en todo existe una hermosa síntesis de lo que fué con lo que será: ¿quién será el afortunado que señale taxativamente las leyes de esta dialéctica real que la historia y la vida ofrecen en vestigios dispersos? AQUEL que rige semejante dialéctica es quien lo sabe.

En el ínterin, agitemos y movamos todas nuestras energías, nuestro pensamiento y nuestras potencias ante el magnífico espectáculo de la historia, de la realidad y de la vida; que si de esta palpitación continua, de este hervor de nuestro interior no surgen las ansiadas leyes de la dialéctica real, habrá de brotar por lo menos un sentimiento, una idea, algo que nos eleve y sublime, y que purificando nuestra inteligencia y sublimando nuestra sensibilidad, nos capacite para orientarnos en este inmenso espacio de la cultura, oxigenando nuestra alma con el sano viento de la *intemperie*. ¿Qué producirá esta *intemperie*? A mí me lo enseña una confesión íntima de uno de los jóvenes de más talento e ingenio que yo he tratado. Dice Clarín (Leopoldo Alas), a quien pido perdón por divulgarle el secreto: «Me pasa una cosa que no sé si será general: cuando dejo el *pensamiento reflexivo ocioso y a la intemperie, se me llena de óxido de Dios*, y veo tan clara su realidad que si la influencia del tiempo, tan contrario a estas cosas, no me invadiera, llegaría a ser *poco menos que místico*.»

U. GONZALEZ SERRANO

LA CAJA DE ALERCE

POR DON F. MORENO GODINO

(Continuación)

VII

Estábamos hablando Federico y yo, cuando llamaron nuestra atención las exclamaciones de Manuel contemplando un objeto que tenía en la mano, el cual parecía causarle viva admiración. Le tomaba, le dejaba sobre una mesa, volvía a tomarle y le contemplaba de cerca y de lejos.

—¿Qué demonios mira Manuel, gesticulando y moviéndose como un telégrafo del antiguo régimen?—dijo a Federico.

—¡Bah! ¿No has visto esto?—exclamó Manuel que me había oído.—Mira y cáete de espaldas—y al mismo tiempo me alargaba una pintura que parecía un retrato.

—¿Qué es esto?—pregunté yo.

—Un objeto que Federico ha encontrado.

Era una miniatura pintada en marfil, encerrada en un marco de oro, é incrustada en una cajita de madera de alerce. La pintura, que parecióme antigua y de gran mérito, representaba la cabeza fina é inteligente de una mujer de edad, peinada al estilo de las señoras del tiempo de María Luisa.

De repente, el entusiasmo de Manuel se exhaló en este período ditirámico:

—¡Miniaturistas modernos, ovejas descarriadas del Arte: todo el mundo boca abajo ante esta obra maestra que un genio modesto no ha querido firmar! ¡Ah! ¡Qué fondo tan suavemente desvanecido, qué líneas tan bien acabadas, qué fineza de pincel, qué tono maravillosamente imitable!...

—¿Dónde has hallado esto?—pregunté a Federico interrumpiendo el discurso encomiástico de Manuel.

—En un barranco en donde fui a coger violetas el mismo día en que volví a Madrid, mientras esperaba a la diligencia, de Pozuelo,—contestó Federico.

—El que ha perdido este retrato debe sentirlo, pues evidentemente es un recuerdo de familia.

—El que no ha sabido guardar este tesoro, no es digno de poseerlo,—observó Manuel.

—¿De modo que supones que es permitido quedarse con él?

—Ya lo creo—replicó el estusiasta.—Debes guardarlo en este santuario del Arte, por lo menos hasta que vengan a reclamarle;—y luego dirigiéndose a mí, repuso:—Puede ser que este imbécil de Federico haya pensado en depositarlo en el Gobierno civil.

—Por lo menos hay que leer las pérdidas en el *Diario de Avisos*.

—No se anuncia en Madrid lo que se pierde en los caminos de travesía.

—¡Quién sabe! Además, puede insertarse un anuncio en los periódicos.

—Ya habrá tiempo para eso. Lo que es por mí ya habría llovido.

VIII

Federico nos propuso dar un paseo por el Retiro.

—Hace un hermoso día y no tengo ganas de trabajar,—dijo el anfitrión de nuestro almuerzo.

Yo accedí a la indicación de Federico, pero Manuel rehusó so pretexto de que se sentía activo y quería desquitarse el tiempo perdido. Habiéndose mudado de casa y no teniendo arreglada todavía su pieza de estudio, el miniaturista trabajaba interinamente en el de Federico. Era un artista entusiasta y además, como lo necesitaba, tomaba el Arte por lo serio. Aunque excéntrico y aficionado a la paradoja, tenía buenas cualidades y dos graves defectos cuales eran: alguna falta de sentido moral y alguna afición a los placeres de Baco. Mal juzgado por los que le conocían, él no se tomaba el trabajo de ocultar sus defectos ni hacer resaltar sus cualidades; es más, tenía el fanfarronismo del vicio: hablaba de orgías imaginarias, de aventuras amorosas que sólo existían en su pensamiento, porque era sobrio, casto y arreglado.

Tenía un saliente: la vanidad de artista.

Le dejamos en el estudio, según su deseo, y nos fuimos al Retiro.

IX

Ocho días después me presenté triunfalmente en casa de Federico en donde, como de costumbre, estaba el incansable Manuel.

Viendo que yo llevaba un periódico, que desplegué con énfasis, dijo este:

—¿Qué sucede, querido Juan? ¿vienes a anunciarnos que hemos sido condecorados?

—Aún no—contesté yo—pero ved lo que he debido a la casualidad y a mi afición a la lectura;—y leí el siguiente anuncio:

«El día 3 del corriente mes de julio se ha extraviado en el camino de Villaviciosa, ó en sus cercanías, una cajita de alerce que contenía una miniatura antigua, representando una señora. Se suplica a la persona que la haya encontrado se sirva entregarla en la portería de la casa n.º 50 de la calle de Fuencarral, en donde darán más señas y mil reales de hallazgo.»

—Sea enhorabuena—dijo Manuel con una resignación de que yo no le creía capaz;—pero, ¡no dar más que mil miserables reales de hallazgo por una obra maestra que vale dos mil duros! Su dueño es un ignorante ó un avaro.—Y luego repuso:—Si se tratara de una mujer joven y bonita, iría yo mismo a llevarle; ¡pero tener que entenderse con un innoble portero! ¡Vaya al diablo!

Federico reflexionó un momento y luego tiró del cordón de una campanilla que comunicaba con la portería de su casa.

A pocos momentos presentóse el portero, que era licenciado de ejército.

—Amigo Lucas—le dijo el pintor,—voy a darte un encargo.

—A la órden, señorito.

—Vas a llevar esta cajita a la portería de la calle de Fuencarral, n.º 50.

—¿A la portería? precisamente el portero y su mujer son conocidos: hemos servido juntos.

—¿Ella, por supuesto, de cantinera?—dijo Manuel bromeando.

—Te darán mil reales de hallazgo; pero tú no tomarás más que la mitad y te quedarás con ello...

—¡Cómo! ¿para mí?—exclamó el portero.

—Sí, hombre, para tí; pero con una condición.

—Con las que V. quiera, señorito.

—Aunque te pregunten no dirás quién te envía ni hablarás absolutamente de mí.

—Si no es más que eso...

—Vé pues, y que no se te vaya la lengua.

—Pierda V. cuidado.

El portero se fué.

—¿Sabes lo que vamos a ganar con tu honrosa restitución, querido Federico?—dijo Manuel.

—No sé qué quieres decir.

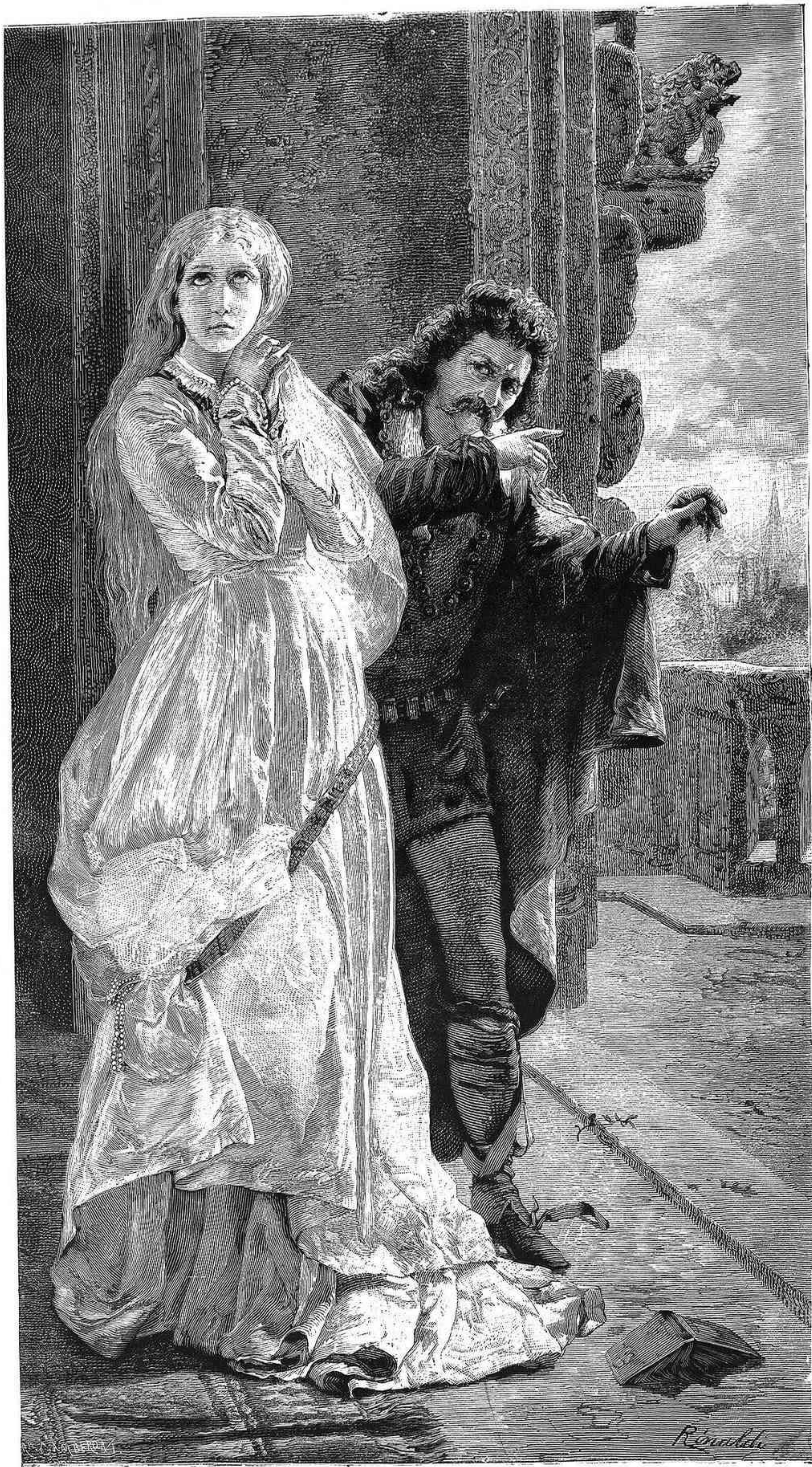
—Pues bien, amigo mío; el portero se achispará a tu salud y el dueño de la miniatura dirá para sus adentros: ¡Qué bruto!

X

Dos días después de la devolución del retrato, a las siete de la tarde me encontré con Manuel en la calle de Peligros.

—¿Has comido?—me preguntó.

—No.



HAMLET Y OFELIA, cuadro por Alberto Rinaldi, dibujo del autor

—Me alegro. Te convidó; tengo muchas cosas que contarte. Vamos á los Cisnes.

Yo no tenía nada que hacer y acepté el convite.

Entramos en la fonda y nos instalamos en un cuarto solitario.

—Voy á contarte cosas maravillosas que te harán reír.

Cuando estábamos tomando la sopa, Manuel entre cucharada y cucharada, exclamó:

—¡No cabe duda, está algo tocado!

—Pero ¿quién?

—¿Quién ha de ser? Federico.

—¿Qué dices?

—Oye y juzga; pero te lo contaré cuando tomemos café; la cosa no admite digresiones.

Conociendo el carácter de Manuel, no tuve impaciencia de oírle; supuse que lo que tenía que contarme sería una majadería.

Llegó la hora del café, encendimos los cigarros, mi

compañero apoyó un codo en la mesa y dijo en tono enfático:

—La escena, en el estudio de Federico; la hora, las diez de la mañana; personajes él y yo, silenciosos, pensativos, fumando un par de cigarros compañeros de estos.

De repente se abre una puerta, preséntase el consabido Lucas, insigne portero ex-militar, que saluda bélicamente y presenta á Federico un billete perfumado. Vase el portero, nuestro amigo abre lentamente la misiva con ademan indiferente y un suave perfume inunda el aposento...

¿No te interesa?

—Prosigue.

—No bien Federico hubo leído los primeros renglones, se puso en pie y todos los colores del iris se reflejaron en su semblante. Dió un salto, comenzó á pasear por el cuarto como un león en celo en su jaula, derribó dos sillas.

¿Habrá muerto su tia?—pensé yo, pero ¡cá! Yo le conozco, Federico no es interesado.—¿Buena noticia, eh? —le pregunté.

No me contestó, pero continuó en su agitado paseo.

—¿Una cita amorosa?—insistí.

El mismo silencio por su parte. Entonces me encerré en una fría dignidad, limitándome á seguir sus movimientos con desdenosa mirada.

De repente, se detiene, se precipita sobre un baul, le abre, así como tambien todos los cajones de su cómoda y comienza á sacar un frac, chalecos, pantalones, camisas, corbatas, sin decir una palabra. ¿Qué opinas de todo esto?

—Sencillamente que Federico está enamorado.

—¿Enamorado de quién?

—Probablemente de una mujer.

—¡Imposible! conozco á todas las que trata.

—Que trataba, querrás decir. ¡Cómo! tú, que te precias de tan excelente observador, no has comprendido que Federico ha vuelto á Madrid, con una pasión que le escarabaja en el alma? Sus frecuentes distracciones, su predisposición al silencio, sus largas meditaciones, la necesidad de estar solo, sus desfallecimientos en el trabajo, sus paseos aislados y finalmente otros mil detalles, debían haberte revelado este gran misterio.

—Si es cierto lo que dices, el desgraciado está perdido.

—O ganado, ¿quién sabe? Tú no conoces estos fenómenos.

Manuel inclinó dolorosamente la cabeza.

XI

Al día siguiente de mi banquete con el excéntrico miniaturista, yo no sabía qué hacer de mi tiempo. Había pensado ir á casa de Federico, por si lograba arrancarle su amoroso secreto, cuando recibí una carta que como la de mi amigo exhalaba un delicioso perfume.

Hé aquí su contenido:

«Mi querido amigo: Mi vuelta á Madrid facilita á mi sobrina la satisfacción de recibir á sus amigos, y espera á V. esta noche. Nada de etiqueta, estaremos casi solos.

Espero que V. aceptará esta cordial invitación y entre tanto soy de V. etc., etc.

Baron de Arolas.»

Esa misiva me hizo desistir de mi visita á Federico, pues me ofrecían la esperanza de un buen rato en la amable sociedad del Baron y de su sobrina. Él era un cumplido caballero y su sobrina una viudita jóven y deliciosa. Un amigo de mi padre me había presentado á ellos; y ciertamente entre todas las casas que frecuentaba, en ninguna me hallaba más á gusto ni pasaba mejor rato que en la de la amable Luisa y de su tío. Reinaba allí un encanto lleno de sencillez y de distinción.

Sabiendo por experiencia que lejos de ser motejado de inconveniente ó de importuno era siempre bien recibido en casa de la hermosa viudita, me encaminé á ella no bien hube acabado de comer; de suerte, que cuando el Baron se levantó de su butaca para adelantarse á recibirme, no pude menos de decirle:

—Sólo en casa de Vds., señor Baron, se puede venir impunemente á estas horas, con la seguridad de ser bien recibido.

—Vaya, amigo mio—contestó el Baron—tranquilícese usted, porque no es el primero que esta noche nos honra con su presencia.

Y diciendo estas palabras me llevó al lado de su sobrina Luisa, que graciosamente reclinada en una mecedora, me tendió la mano. A su lado estaba un caballero, á quien en un principio no conocí, porque la luz de la lámpara que alumbraba el gabinete, hallábase velada por una pantalla japonesa; pero fijándome más reconocí á Federico, en cuerpo y alma.

Fué un momento teatral, pues ciertamente no esperaba encontrarle allí.

Federico, repuesto ántes que yo de la sorpresa que como yo debió experimentar, me estrechó la mano.

—¡Ah!—dijo la viudita sonriendo—¿se conocían Vds.? Tanto mejor.

—Juan es mi mejor amigo,—dijo Federico con naturalidad. Entre tanto yo pensaba en que Manuel tenía razón cuando me decía que nuestro comun amigo era tan reservado que rayaba en lo enigmático.

XII

—De modo, que siendo Vds. tan amigos, ¿este caballero le habrá contado á V. el incidente del camino de Villaviciosa?—me dijo Luisa.—Esa *avería* fué algo ridícula para mí, pero hace honor á los buenos sentimientos del señor de Moran.

Aunque estas palabras fueron dichas con atractiva finura, desconcertaron al pobre Federico que se puso encarnado como una doncella pudibunda.

El baron miraba de reojo al jóven pintor, con expresión benévola; quizá aquel inusitado rubor le interesaba: ¡es tan raro en estos tiempos!

(Continuá.)

LA CIENCIA ANTIGUA

LAS VASIJAS MARAVILLOSAS

En los artículos referentes á las ingeniosas combinaciones de los antiguos para excitar la ignorante admiración del vulgo, artículos insertos en varios números de la ILUSTRACION ARTÍSTICA, se han descrito varios inventos que

tenían por objeto la religión ó el arte. Hoy nos ocuparemos de otro *prodigio* al que con más frecuencia aplicaron los antiguos su espíritu inventivo, el prodigio del agua convertida en vino.

Heron y Filon describen unos quince aparatos destinados á producirlo, y más generalmente á hacer que salieran de una misma vasija líquidos diferentes.

Describiremos uno de los más sencillos (fig. 1):

«Hay, dice Heron, ciertas vasijas llenas previamente de vino, de las que sale, cuando se echa agua en ellas, ora agua pura ó bien vino puro.

»Se las construye del modo siguiente:

»Supongamos la vasija

ABΓΔ provista de dos diafragmas ΔΕ y ΖΗ al través de las cuales pasa un tubo ΘΚ soldado á ellos y con un agujero Λ un poco más arriba del diafragma ΖΗ. Debajo del diafragma ΔΕ hay un orificio Μ en la pared de la vasija.

»Si, preparada esta del modo indicado, alguna persona tapa el orificio de salida Γ y echa vino en la vasija, este vino pasará por el agujero Λ al compartimiento ΔΕΖΗ, porque el aire contenido en él podrá escaparse por el orificio Μ; y si se tapa entonces este orificio, el vino que hay en el compartimiento susodicho quedará detenido en él. Por consiguiente, si cerrando el orificio Μ, echamos agua en la parte ΑΒΔΕ de la vasija, saldrá agua pura por el orificio Γ; si destapamos en seguida el anterior mientras queda todavía agua sobre el diafragma superior, saldrá una mezcla de agua y vino, y cuando toda la primera se haya escapado, vino puro.»

Como se ve, este aparato es, aunque de distinta forma, el conocido en los gabinetes de física con el nombre de *embudo mágico*.

«Abriendo y cerrando con más frecuencia el orificio Μ

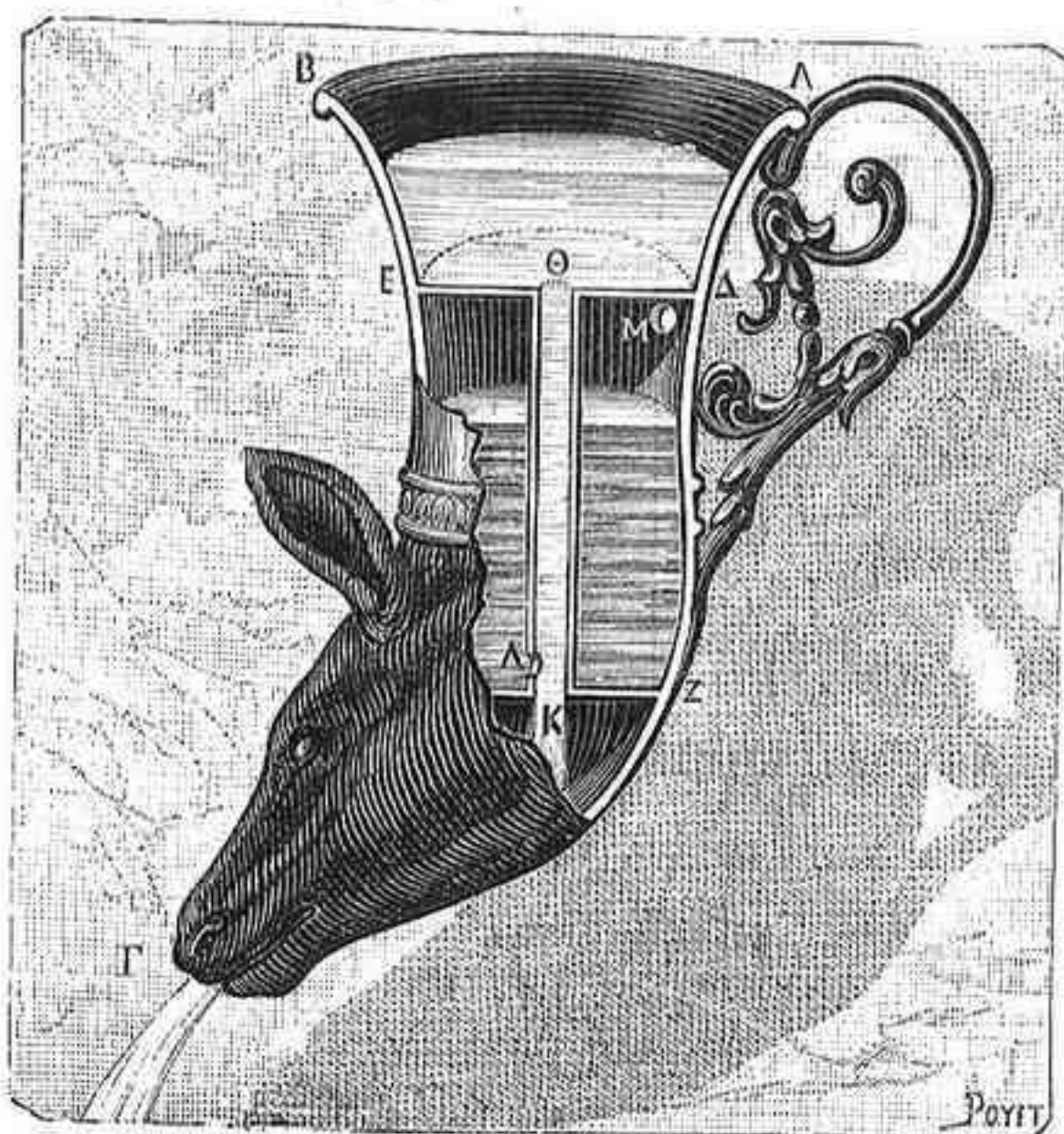


Fig. 1. — Vasija de Heron, por la que sale agua ó vino á beneplácito

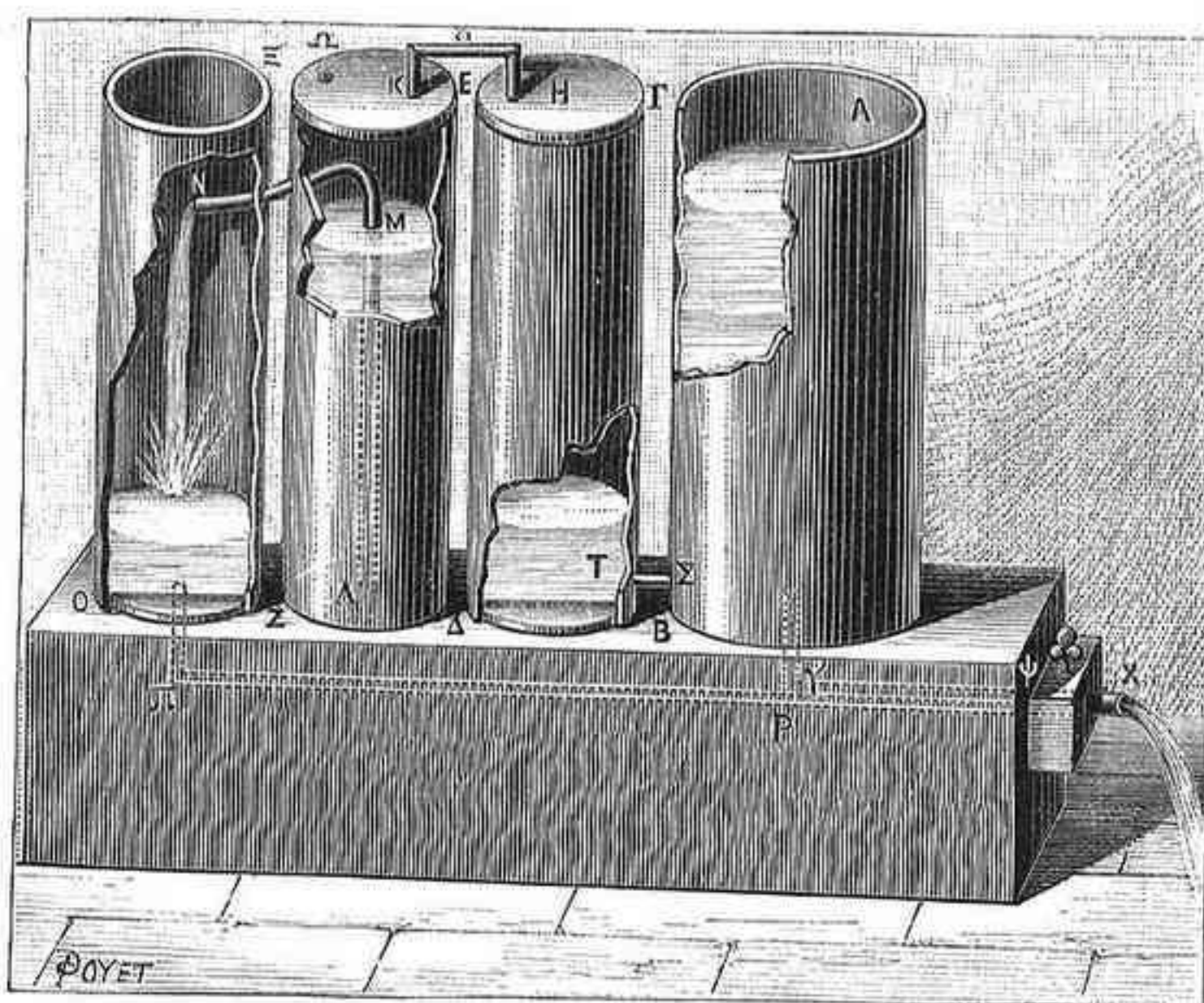


Fig. 2. — Aparato de Heron, en el que se forma una mezcla de agua y vino en proporciones determinadas

se puede variar la naturaleza de la salida de los líquidos, mejor aún, se puede empezar por llenar de agua el compartimiento ΔΕΖΗ, y cerrando en seguida Μ, echar vino encima. Entonces se verá que tan pronto sale vino puro como una mezcla de agua y vino cuando el orificio Μ esté abierto, y si se le cierra, vino puro, lo cual se repetirá cuantas veces queramos.»

El aparato representado en la figura 2 es muy curioso y se prestaría á aplicaciones útiles, prescindiendo del uso que podrían hacer de él los taberneros invirtiendo el orden de los líquidos y no dejando á la vista más que la vasija ΑΒ y la llave ó espita.

«Dadas, prosigue Heron, una vasija vacía y otra que contenga vino, se desea que, sea cualquiera la cantidad de agua que echemos en la vasija vacía, salga por un tubo igual cantidad de una mezcla de agua y vino en la proporción que se quiera, por ejemplo, dos partes de la primera y una del segundo.

»Sea ΑΒ una vasija cilíndrica ó de forma de paralelepípedo rectangular. A su lado y sobre la misma base

vasija, pasa á otra inmediata ΕΟ. De ésta parte un tubo ΠΡ que pasa al través de todas las vasijas ó de la peana en que están, de modo que se le pueda llevar fácilmente por debajo y muy cerca del fondo de la vasija ΑΒ. Otro tubo ΣΤ atraviesa las paredes de ΑΒ y ΓΔ. Por último, junto al fondo de ΑΒ se adapta un tubito Υ que va á parar juntamente con el tubo ΗΓ, á un conducto ΦΧ provisto de una llave con la cual se le puede abrir y cerrar á beneplácito. En la vasija ΕΖ se echa vino por un agujero Ω que se tapa en seguida.

»Tomadas estas disposiciones, se cierra el conducto ΦΧ y se echa agua en la vasija ΑΒ. Una parte de ella, es decir, la mitad, pasará á la vasija ΓΔ por el tubo ΣΤ, y el agua que penetra en aquella expulsará una cantidad de aire igual á la de agua de ΕΖ por el tubo ΗΘΚ. Este aire expulsará á su vez igual cantidad de vino á la vasija ΟΕ por el sifon ΑΜΝ. Abriendo ahora el conducto ΦΧ, el agua vertida en la vasija ΑΒ y el vino que sale de la vasija ΟΕ por el tubo ΠΡ correrán juntos, que es lo que se trataba de conseguir.»—Α. DE R.



UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA; cuadro por A. Lonstaunau

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMP. DE MONTANER Y SIMON